

LA GUERRA CONTRA LOS MUERTOS: JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA, ETERNO VÍCTIMA DEL ODIO

ARNAUD IMATZ (La Nef)

Politólogo e historiador vasco-francés, es Doctor del Estado (DrE) en ciencias políticas y es miembro corresponsal de la Real Academia de la Historia (España)

Se dice que cuando las tropas de Carlos V salieron victoriosas en Wittenberg (1517), algunos de sus consejeros le instaron a exhumar y quemar los restos de Lutero, que se encontraban en la capilla del castillo de la ciudad. Magnánimamente, el emperador simplemente respondió: «Ha encontrado a su juez. Estoy librando una guerra contra los vivos, no contra los muertos». Pero el respeto por el entierro de los muertos, el deseo de reconciliación y confraternización ya no parecen estar en la agenda de la España de Pedro Sánchez. El último giro en el caso del Valle de los Muertos en Acción (Valle de los Caídos o Valle de Cuelgamuros), con la exhumación de los restos de José Antonio Primo de Rivera, finalmente decidida por su familia bajo presión de las autoridades y para evitar una profanación de la tumba por manos extranjeras, es una nueva y llamativa demostración. El error, para muchas personas de buena voluntad, fue persistir en esperar actos sublimes del gobierno cuando la fuente de lo sublime se ha secado hace mucho tiempo. El joven fundador de la Falange española fue exhumado y enterrado por quinta vez el mismo día del 120 aniversario de su nacimiento (1903-2023). Pero, ¿por qué tanta hostilidad, resentimiento y odio hacia «José Antonio»? ¿Quién fue realmente el fundador de la Falange?

Rechazar la historia maniquea

Para los arquitectos de la historiografía dominante, los neosocialistas o los autoproclamados neoliberales «progresistas», la respuesta es tan simplista como repetitiva: era «un fascista, hijo de un dictador», y el caso estaría cerrado. Después de treinta y cinco años de propaganda «conservadora» o franquista seguidos de casi medio siglo de propaganda «progresista», y a pesar de la impresionante bibliografía que existe sobre el tema, «José Antonio» sigue siendo la gran figura desconocida o incomprendida en la historia contemporánea de España. Para sus oponentes, admiradores del Frente Popular, glosadores a menudo ocultos de los mitos de la Comintern, el joven fundador de la Falange habría sido una especie de hijo de papá, un cínico admirador del fascismo italiano, un pálido imitador de Mussolini. En el mejor de los casos, habría sido una mente contradictoria y ambigua, que habría buscado en el fascismo una solución a sus problemas personales y emocionales. Peor aún, habría sido un secuaz del capital, una personalidad autoritaria, antidemocrática, ultranacionalista, carente de cualquier cualidad intelectual, demagoga, arrogante, violenta, racista y antisemita. A esta absurda y grotesca

acusación se suman los agravios no menos conocidos de sus oponentes de derecha. Según ellos, abogó por una política catastrófica a sabiendas, una estrategia de guerra civil. En cualquier caso, habría sido una personalidad equivocada cuya contribución a la vida política habría sido nula, marginal o negativa en la medida en que habría acelerado el desastre nacional. Algunos añaden, por si fuera poco, que la presencia de José Antonio en el campo nacional, en medio de una guerra civil, no habría cambiado el curso de los acontecimientos. Si se hubiera enfrentado a los militares, dicen, lo habrían encarcelado o incluso ejecutado. Si hubiera sobrevivido y tenido más éxito, «lo más probable es que hubiera sido completamente desacreditado». Y no dudan en señalar lo que llaman una «contradicción entre el falangismo josefino y el catolicismo», concluyendo, sin vacilación, «como dice la Biblia, el que vive del hierro, muere del hierro». Pero afirmar no es probar.

Durante casi medio siglo, me he opuesto a esta historia caricaturesca, maniquea o de telenovela, estos esquemas reductivos contradichos por una masa considerable de hechos, documentos y testimonios. Sé que la mera consideración de valores, hechos o documentos, que contradicen la opinión de tantos supuestos historiadores científicos (o más bien militantes camuflados), conduce ipso facto, en el mejor de los casos, al silencio y al olvido, en el peor, a la caricatura, la exclusión, el insulto, la acusación de complacencia, la legitimación calculada, incluso la apología disfrazada de la violencia fascista. Pero independientemente, lo principal es decir lo que hay que decir. Un libro, un estudio histórico vale por su rigor, su grado de verdad, su valor científico.

Una vez que has leído gran parte de la inagotable literatura hostil, tienes que tomarte la molestia de ir a las fuentes primarias. En mi caso, el estudio cuidadoso de las *Obras completas de JAPR*, edición a cargo de R. Ibañez Hernández, 2007 y el análisis riguroso de los documentos y testimonios de la época me abrieron los ojos. Los clichés habituales sobre José Antonio Primo de Rivera, su persona y sus acciones, o la repetición de fórmulas truncadas y declaraciones sacadas de contexto, para mostrar la pobreza de sus análisis y la debilidad de su pensamiento, ya no me impresionan durante mucho tiempo.

¿Cómo podemos dar un mínimo de credibilidad a los autores que silencian, ignoran o descartan cientos de testimonios equilibrados? ¿Por qué la antología de opiniones de personalidades de todo tipo, publicada por Enrique de Aguinaga y Emilio González Navarro, *Mil veces José Antonio / Mille fois José Antonio* (2003) es tan cuidadosamente ignorada por tantos supuestos «especialistas»? ¿Por qué Miguel de Unamuno, el más grande filósofo liberal español de la época con Ortega, vio en José Antonio «un cerebro privilegiado, quizás el más prometedor de la Europa contemporánea»? ¿Por qué Salvador de Madariaga, el famoso historiador liberal y antifranquista, lo describiría como una personalidad «valiente, inteligente e idealista»? ¿Por qué políticos prominentes, como los socialistas y anarquistas Félix Gordón Ordás, Teodomiro Menéndez, Diego Abad de Santillán e Indalecio Prieto, o famosos intelectuales liberales y conservadores, como Gregorio Marañón, Álvaro Cunqueiro, Rosa Chacel, Gustave Thibon y Georges Bernanos, rendirían homenaje a su honestidad y sinceridad? ¿Por qué el hispanista francés más famoso, miembro del Instituto, Pierre Chaunu, gran conocedor del gaullismo, habría trazado un

sorprendente paralelismo entre el pensamiento de Charles de Gaulle y el de José Antonio en un largo artículo en *Le Figaro* («De Gaulle a la luz de la historia», 4-5 de septiembre de 1982)?

Ni derecha ni izquierda

José Antonio, precursor y discípulo de Ortega y Gasset, ya denunció hace noventa años las dos formas de hemiplejía moral: «Ser de derecha, como ser de izquierdas, es siempre expulsar del alma la mitad de lo que hay que sentir. En algunos casos, es expulsarlo por completo y reemplazarlo con una caricatura de la mitad» [*Arriba*, 9 de enero de 1936]. Quería crear y desarrollar un movimiento político animado por una doctrina sintética, abrazando todo lo que es positivo y rechazando todo lo que es negativo en la derecha y la izquierda, con el fin de establecer una justicia social profunda para que el pueblo vuelva a la supremacía de lo espiritual. La dimensión metafísica, religiosa y cristiana, el respeto por la persona humana, la negativa a reconocer al Estado o al partido como valor supremo, el antimaquivelismo y el fundamento clásico y no hegeliano del Estado son elementos distintivos de su pensamiento. Por su sentido de la justicia, la solidaridad y la unidad en el respeto a la diversidad, por su fuerte sentido del deber, José Antonio fue tradicionalista y revolucionario.

Probablemente quiso llevar a cabo un proyecto demasiado idealista para su época: nacionalizar los bancos y los grandes servicios públicos, asignar la plusvalía del trabajo a los sindicatos, llevar a cabo una profunda reforma agraria en aplicación del principio: «La tierra pertenece a quienes la trabajan», crear una propiedad familiar, comunal y sindical. Quería establecer la propiedad individual, familiar, comunal y sindical, con derechos similares.

¿Era su programa reformista o revolucionario, realista o utópico? Podemos debatirlo, pero lo que no podemos decir es que carecía de apertura, generosidad y nobleza. El sindicalismo nacional de José Antonio fracasó miserablemente, pero en última instancia porque fue víctima del resentimiento, la intolerancia y el odio de la izquierda tanto como del egoísmo, la arrogancia y la inmovilidad de la derecha. Censurado, insultado, caricaturizado, encarcelado (tres meses antes del levantamiento del 18 de julio) y fusilado por la izquierda marxista y anarquista el 20 de noviembre de 1936, después de un simulacro de juicio, el fundador de la Falange, burlado y duramente criticado por conservadores y liberales antes de la guerra, fue recuperado, manipulado, distorsionado y finalmente ejecutado y enterrado por segunda vez por la derecha de Franco.

Alain Guy, un buen conocedor de la filosofía española, y el politólogo Jules Monnerot, por nombrar sólo dos prestigiosos académicos e intelectuales franceses, afirmaron que el falangismo josefioniano no podía reducirse estrictamente hablando al «fascismo» solamente, es decir, para los historiadores y politólogos serios, a un cierto modelo que designe las similitudes imperfectas que se pueden establecer entre el fenómeno italiano y el fenómeno alemán. Tampoco se reducía, decían, al franquismo, un régimen y una ideología cuyo carácter era sobre todo conservador y autoritario. Personalmente, ciertamente no pongo un signo igual entre, por un lado, el falangismo de José Antonio, el fascismo italiano, el conservadurismo

revolucionario alemán (antes de la toma del poder por Hitler) y, por otro lado, las tres grandes histerias del siglo XX: el racismo nacionalsocialista, el economismo salvaje del neoliberalismo o, el que sin duda ha causado más muertes que los dos anteriores. Socialismo marxista.

Dicho esto, hay que destacar que José Antonio actuó en un tiempo y un espacio muy concretos, la España de los años 1933-1936. Su pensamiento no es del todo reducible al contexto histórico-cultural, pero no puede ser utilizado para dar respuestas concretas a cuestiones actuales. También contiene elementos que son cuestionables, incluso inaceptables hoy en día. Así, su teorización de la minoría «ilustrada», estructurada en clubes o partidos, que sería el actor del desarrollo y la revolución en nombre del pueblo, está claramente marcada y contaminada por concepciones totalitarias heredadas del jacobinismo liberal y del socialismo marxista.

José Antonio y los Mavericks franceses de la década de 1930

El personalismo cristiano del fundador de la Falange está muy cerca del pensamiento de los inconformistas franceses de la década de 1930 (Robert Aron, Arnaud Dandieu, Jean de Fabrègues, Jean-Pierre Maxence, Daniel-Rops, Alexandre Marc, Thierry Maulnier, Emmanuel Mounier o Denis de Rougemont) que tanto influyeron en el futuro presidente de la República Francesa Charles de Gaulle [No menos interesante es la comparación que también se puede hacer con el pensamiento del fundador de Fianna Fail, Presidente de la República de Irlanda, Éamon de Valera].

El 90%, si no todas, las ideas personalistas de los inconformistas franceses de la década de 1930, la mayoría de las cuales son sorprendentemente actuales, y que impregnaron por primera vez los círculos más originales del régimen de Vichy, así como las de la mayoría de las redes no comunistas de la Resistencia, fueron compartidas por el joven líder de la Falange.

Para convencerse de esto, basta recordar aquí las ideas principales de esta corriente personalista francesa [ver Jean-Louis del Bayle, *Les non-conformistes des années trente*, 1969]. En primer lugar, está la crítica a la democracia representativa, parlamentaria, sinónimo de mentiras, falta de carácter, falta de compromiso, control de la prensa y de mecanismos democráticos, de un régimen en manos de una oligarquía de hombres ambiciosos y ricos. Luego está el anticapitalismo, cuyas raíces son filosóficas y morales más que económicas o políticas. Es la crítica virulenta del «*laissez faire, laissez passer*», que conduce a la transformación de la sociedad en una verdadera jungla donde las demandas del bien común y la justicia son radicalmente ignoradas. Es la denuncia de la sumisión del consumo a las demandas de la producción, sujeta a la ganancia especulativa. Es el rechazo de la primacía absoluta de las ganancias y la especulación financiera, así como la dominación de los bancos y las finanzas. Es el rechazo de la usura como ley general, del triunfo del dinero como medida de toda acción y valor humano. Finalmente, es el reproche de atacar la iniciativa y la libertad, de matar la propiedad privada concentrándola en manos cada vez más escasas: «El liberalismo es el zorro libre en el gallinero libre».

Esta corriente personalista e inconformista se declaró «ni de derecha ni de izquierda», «ni comunista ni capitalista»; quería luchar por la «dignidad de la persona humana», por los «valores espirituales» y defendía «la tercera vía»; quería extender la propiedad individual multiplicando la propiedad colectiva no estatal; Quería reorganizar el crédito confiándolo a bancos gestionados por organismos profesionales o asociaciones de consumidores. Su principal crítica al capitalismo se resumió en dos palabras: materialismo e individualismo. «Beber, comer y dormir es suficiente», en esto, argumentaban los inconformistas, el marxismo no rompe con el capitalismo, sino que prolonga sus deficiencias. El objetivo final a alcanzar no era la felicidad, la comodidad y la prosperidad, sino el desarrollo espiritual del hombre. Al mismo tiempo, defendieron la necesidad de una revolución de las instituciones, una revolución económica y social y una revolución espiritual. La idea de que cualquier agitación de las estructuras sería inútil si no fuera acompañada por una transformación moral y espiritual del hombre, comenzando con la de los partidarios de la revolución venidera, era fundamental para ellos.

Este breve recordatorio del espíritu personalista de los inconformistas franceses de la década de 1930 nos lleva a concluir que no hay una sola de sus propuestas que no encuentre eco en los escritos y discursos de José Antonio. Primo de Rivera no era ni hegeliano, ni racista, ni antisemita. No colocó al estado o la raza en el centro de su cosmovisión, sino al hombre como portador de valores eternos, capaz de ser salvado o perdido. No abogó por una revolución materialista y totalitaria (colectivista-clasista, estatista o racista), que busca reducir la realidad social y espiritual a un solo modelo, sino una revolución espiritual, total, a la vez moral, política, económica y social, una revolución cristiano-personalista, integrando a todos y al servicio de todos.

La influencia de la ideología fascista italiana en el pensamiento y el estilo josefino es innegable, pero también hay otras influencias no menos importantes como el tradicionalismo, el liberalismo, el anarquismo y el marxismo-socialismo. Muchos juzgan duramente la admiración de José Antonio por Mussolini. Es cierto que al comienzo de su breve carrera política, como muchos otros políticos e intelectuales de su tiempo, como Churchill o Mounier, mostró una verdadera estima e incluso entusiasmo por los logros sociales del Duce. Pero no debemos olvidar que el totalitarismo estatal del régimen de Mussolini fue infinitamente menos sangriento que el totalitarismo de clase o racial. Todas las ideologías modernas han estado en la raíz de crímenes flagrantes, y ninguna puede pretender ser más humana que las demás. Pero hay grados en el horror, y cuando se trata de juzgar al fundador de la Falange, se requiere un mínimo de decencia y rigor.

José Antonio y el Che

Varios autores se han aventurado a trazar un paralelismo entre José Antonio y la figura más emblemática del romanticismo revolucionario del siglo XX, el guerrillero leninista-maoísta Ernesto Guevara. Las similitudes, sin embargo, son imperfectas. Ambos exaltan las virtudes del coraje, la lealtad y la fidelidad. Ambos simbolizan el altruismo de la juventud. Ambos desprecian el lujo, los gustos suntuosos y la ostentación de la riqueza. Ambos rechazan el orden económico y social donde sólo reina el dinero, donde la sociedad es abandonada a las reglas del beneficio y al

egoísmo triunfante, con sus inevitables corolarios de especulación, codicia y corrupción. Ambos ignoran el miedo, desprecian el dinero y son impulsados por una pasión por el deber. Pero las similitudes terminan ahí.

José Antonio es un católico convencido. El Che no tiene preocupaciones metafísicas y es hostil a cualquier creencia religiosa. Materialista y ateo, Ernesto Guevara desprecia lo que Nietzsche denunció como «las debilidades del cristiano». El fanatismo, el sectarismo, la dureza, el odio al Otro, la demagogia revolucionaria son rasgos que el Che comparte con Robespierre, Lenin, Hitler, Stalin y Mao. Lo más terrible del Che es la mezcla de ascetismo personal y la capacidad de azotar a otros, la certeza de tener siempre la razón, el odio abstracto, la fría crueldad política. Para él, los amigos son amigos sólo si piensan como él políticamente. Al igual que su amo Lenin, el combate político legitima todos los medios: astucia, manipulación, cinismo, violencia extrema, insultos, invectivas, calumnias, difamación, subsidios al enemigo de la patria, robo de herencias, robos y ejecuciones sumarias. El Che ama a las personas no como son, con su grandeza y debilidades, sino como la revolución las habría transformado. Él es un ángel exterminador. Expresa más fácilmente sus sentimientos por la muerte de un animal que por la de un enemigo. Es difícil imaginar a José Antonio ordenando la ejecución sumaria de más de un centenar de opositores, como lo hizo el Che en la fortaleza de La Cabaña. Es igualmente difícil imaginarlo escribiendo, como Lenin en *Gorki* (15 de septiembre de 1922), estas líneas repugnantes sobre los intelectuales para deplorar el retraso en sus ejecuciones: «Los intelectuales, lacayos de la burguesía, se creen cerebros de la nación. En realidad, no son sus cerebros, son suyos» [citado por Hélène Carrère d'Encausse, *Lenin*, 1998, p. 586].

La ética de José Antonio

José Antonio tenía un sentido de la medida y el equilibrio; sabía que en política, el rechazo absoluto de cualquier compromiso (que no es el abandono de los principios en favor del oportunismo) siempre conduce al terror implacable. Republicano y demócrata de razón, rechazó cualquier nostalgia por el pasado, ya sea monárquica, conservadora o reaccionaria. No tenía más el gusto excesivo del soldado por el orden y la disciplina que la irresistible atracción del actor o el artista por el escenario y la comedia. No era ni Franco (por quien tenía poca simpatía) ni Mussolini. Por estúpido que parezca, José Antonio tenía una marcada inclinación por la bondad; una «bondad de corazón», como bien señalaba el maestro Azorín, que, junto con una alta concepción de la justicia y el honor, un coraje físico incuestionable, una constante preocupación intelectual, un carisma o magnetismo de un líder y, finalmente, un agudo sentido del humor, inevitablemente lo hicieron comprensivo.

A diferencia de los utópicos jacobinos y socialistas-marxistas, José Antonio quiso basar su sistema en la persona y defender las especificidades culturales, regionales y familiares. No buscaba hacer del Otro un Otro Yo, sino simplemente aceptarlo, comprenderlo y convencerlo de colaborar con él por el bien de toda la comunidad nacional. Cuando estalló la guerra civil, frente a la avalancha de odio y fanatismo, hierro y sangre, resistió y se quedó casi solo. Desde su celda en Alicante, ofreció su mediación en un último intento de frenar la barbarie. Pero fue un esfuerzo desperdiciado, y fue rechazado. Murió dignamente, sin odio, con un alma serena,

como un héroe cristiano, en paz con Dios y con los hombres. En su testamento escribió: «Perdono con toda mi alma a todos los que me hayan herido u ofendido, sin excepción, y pido perdón a todos aquellos a quienes debo reparación por un mal grande o pequeño» [18 de noviembre de 1936]. En el mundo político del siglo 20, abundan las personalidades notables, pero es difícil encontrar personalidades más nobles. Fue una especie de último caballero cristiano.

Dicho esto, históricamente, el mérito de José Antonio es haber tratado de asimilar críticamente, desde una posición profundamente cristiana, la revolución socialista mientras dissociaba los valores espirituales y comunitarios de la derecha reaccionaria. Y uno de sus rasgos más originales fue aparecer en la escena política de su tiempo con una nueva retórica, una nueva forma de formular la política, con un lenguaje original y atractivo para los jóvenes.

Mentiras y verdades

Ahora es apropiado considerar las acusaciones de violencia y antidemocratismo que tan a menudo se le hacen. Invariablemente, se le reprocha una frase que él mismo describió como desafortunada: «Cuando la justicia y la patria son socavadas, no hay otra dialéctica aceptable que la de los puños y los revólveres». Pero todavía es necesario citarlo en su totalidad y ponerlo en perspectiva. No olvidemos las constantes declaraciones exaltadas, incendiarias y antidemocráticas de sus oponentes, comenzando por las del «Lenin español», el revolucionario socialista y marxista Largo Caballero que llamó a la «dictadura del proletariado» [Cádiz, 24 de mayo de 1936] y declaró «no somos de ninguna manera diferentes de los comunistas» [Bilbao, 20 de abril de 1934], «Deseo una república sin luchas de clases, pero para esto hay que desaparecer» [Alicante, 25 de enero de 1936], o las consignas incansablemente repetidas de los periódicos socialistas *Claridad* y *El Socialista* «Que muera la república parlamentaria», «Odio a muerte de la burguesía criminal».

Por lo tanto, contextualicemos la supuesta violencia josefoniana. La Falange Josefina fue responsable de sesenta a setenta ataques mortales entre junio de 1934 y julio de 1936. Pero, al mismo tiempo, lamentó unas 90 muertes en sus filas (hubo entre 2.000 y 2.500 muertes durante la Segunda República). Al día siguiente de su fundación, en octubre de 1933, la Falange Josefa sufrió una docena de ataques mortales. Estas no fueron peleas callejeras, sino ataques terroristas perpetrados por socialistas, comunistas y anarquistas para eliminar físicamente a los vendedores ambulantes del semanario FE. La imagen propagandística contra la Falange Española (FE), el principal grupo cuya acción terrorista se dice que provocó la guerra civil, es radicalmente falsa. Fue por su negativa a entrar en el ciclo de violencia durante meses que José Antonio fue apodado «Simón el sepulturero» por la derecha, y que su partido y sus activistas recibieron los apodos de «Funerario Español» (FE) y «Franciscanistas». En realidad, fue solo después de ocho meses de espera que la Falange Josefina reaccionó violentamente. El detonante fue la muerte, el 10 de junio de 1934, de un estudiante falangista de 17 años, Juan Cuéllar, asesinado en la Casa de Campo por un grupo de socialistas madrileños. Para colmo, la activista socialista Juanita Rico orinó sobre el cadáver de su víctima y el padre del joven Cuéllar no pudo reconocer el rostro de su hijo, pisoteado, aplastado y deforme.

En realidad, una declaración de hechos que ignora la bolchevización o radicalismo revolucionario del Partido Socialista, el desarrollo del aparato paramilitar socialista y comunista, la incoherencia de los republicanos liberales y la inmovilidad reaccionaria de los conservadores, en un intento de demostrar mejor que la Falange Josefina fue la principal causa de violencia durante la República y, por lo tanto, de la explosión final, es simplemente fraudulento. La violencia nunca fue un postulado del ideal josefino. Fue violencia repeler la agresión o defender derechos o verdades eternas («pan, patria y justicia») cuando todas las demás instancias se han agotado.

Anticapitalista, antisocialista y antimarxista, José Antonio ciertamente lo era. Pero, ¿era antiparlamentario y antidemocrático? ¿Por qué habría declarado entonces: «Pero si la democracia como forma ha fracasado, es principalmente porque no ha sido capaz de proporcionarnos una vida verdaderamente democrática en su contenido... No caigamos en exageraciones extremas, que traducen el odio a la superstición del voto en desprecio por todo lo que es democrático. La aspiración a una vida democrática, libre y pacífica será siempre el objetivo de la ciencia política, por encima de todos los modos» [Conferencia: *La forma y el contenido de la democracia*]... Es ridículo trasladar la imagen actual de la democracia española al pasado. La situación actual no puede compararse con el período anterior a la guerra civil. Había entonces muchos revolucionarios y conservadores convencidos, pero muy pocos demócratas tolerantes y pacíficos. El respeto por los demás no figuraba en el programa.

¿Fue José Antonio un golpista, como tantos autores afirman? Es bien sabido que los golpes de estado, ya sean moderados o progresistas (y mucho más raramente conservadores), fueron una característica definitoria de la vida política en España (y también en gran parte de Europa) durante el siglo XIX y principios del XX. En la Península, después de la invasión francesa y a partir de 1820, tuvieron lugar no menos de 40 pronunciamientos o golpes de estado, y cientos de otros muy menores. Es más que probable que José Antonio estuviera marcado, incluso contaminado, por la tradición golpista del liberalismo decimonónico y por la tradición golpista dual del anarquismo y el socialismo de principios del siglo XX. Pero lo cierto es que su efímero e incongruente proyecto de «insurrección», sugerido una sola vez en la reunión de Gredos (junio de 1935), nunca fue más que una respuesta circunstancial, teórica e imaginaria –sin el menor principio de aplicación– a la grave insurrección socialista de octubre de 1934.

¿Quiénes fueron los verdaderos teóricos y técnicos de la dictadura desde finales del siglo XIX en España, sino los epígonos de la tradición pretoriana del liberalismo, como el demócrata-republicano Joaquín Costa, por no hablar de los socialistas y marxistas entonces abiertamente doctrinarios o partidarios de la dictadura del proletariado o, más precisamente, de la dictadura del Partido sobre el proletariado? José Antonio no dudaba de la soberanía del pueblo. Quería mejorar la participación de todos los ciudadanos en la vida pública. Pero a la democracia individualista y liberal, a la democracia colectivista y popular, prefería la democracia orgánica, participativa y referendosa, más probable, según él, para acercar al pueblo a los gobernantes. En la Europa de entreguerras, esta elección parecía a muchos

posible, equilibrada y razonable. Además, si esta elección no hubiera sido considerada por muchos como realista y reflexiva, ¿por qué tantos líderes conocidos, cuyas convicciones políticas son polos distintos de los de José Antonio, como el primer Fidel Castro o el primer ministro José María Aznar, habrían sido en su juventud lectores atentos y admiradores de las *Obras Completas*?

Contrariamente a lo que tantas veces se repite, José Antonio admiraba, incluso con cierta ingenuidad, la tradición parlamentaria británica. Algunos activistas falangistas, que no apreciaron las intervenciones del fundador de la FE en el Parlamento, no dejaron de criticar su «excesivo gusto por los debates parlamentarios». En realidad, José Antonio era partidario de la democracia orgánica, al igual que Julián Sanz del Río, Nicolás Salmerón, Fernando de los Ríos, Salvador de Madariaga y Julián Besteiro, por nombrar solo algunos autores liberales y socialistas españoles.

Por otro lado, José Antonio quería y afirmaba ser mucho más patriótico que nacionalista. La nación no es, según él, una raza, una lengua, un territorio y una religión, ni un mero deseo de vivir juntos, ni la suma de todo. Es sobre todo «una entidad histórica, diferenciada de otras en lo universal por su propia unidad de destino». No somos nacionalistas, dijo en Madrid (en noviembre de 1935), «porque ser nacionalista es puro disparate; es implantar los resortes espirituales más profundos en un patrón físico, en una circunstancia física simple; no somos nacionalistas porque el nacionalismo es el individualismo de los pueblos» [Discurso de clausura del Segundo Consejo nacional de la Falange, cine Madrid, 17 de noviembre de 1936].

Algunos autores han tratado de detectar en él una evolución tardía y aproximación, casi *in extremis*, de las tesis de la Alemania nacionalsocialista. Para ello se basan en un texto fechado el 13 de agosto de 1936, germánico contra bereberes, escrito en plena guerra civil en su celda de Alicante y encontrado en sus papeles tras su muerte. Expresa una visión etnocultural superficial y reduccionista que no resiste una crítica histórica rigurosa. Intenta explicar la Reconquista como un enfrentamiento entre dos arquetipos, el «espíritu germánico» y el «espíritu bereber», pero al mismo tiempo parece reconocer la fusión hispano-romano-visigoda. Este artículo contiene inexactitudes y afirmaciones que luego son totalmente negadas y refutadas por él en su testamento. Cabe recordar aquí, sin embargo, que este tipo de interpretación etnocultural estaba muy extendida en su tiempo y entre autores con convicciones contradictorias. La mayoría de los historiadores de los estados-nación vieron sus orígenes como una oposición entre nativos y conquistadores. Así, la historiografía de Francia oscilaba constantemente entre la tesis de un origen franco (Clodoveo, el rey franco) y la de un origen celta y galo (Vercingétorix) o galo-romano cuando se tenía en cuenta Roma. Para el aristócrata Montesquieu, las libertades eran de origen germánico... Pero volviendo al supuesto racismo del artículo *Germánicos contra bereberes*, cabe recordar que la misma acusación abusiva podría hacerse contra los textos de los filósofos e historiadores Ortega y Gasset, Américo Castro o Sánchez-Albornoz.

José Antonio era claramente antiseparatista, pero nunca sucumbió a la tentación jacobina y centralizadora. Esto se evidencia en su discurso ante el

Parlamento el 30 de noviembre de 1934. «Es torpe querer resolver el problema catalán considerándolo artificial [...] Cataluña existe en toda su individualidad, y muchas regiones de España existen en su individualidad, y si queremos darle estructura a España, debemos partir de lo que España realmente ofrece [...] Por eso soy de los que piensan que la justificación de España se encuentra en otra cosa: España no se justifica por una lengua, ni por una raza, ni por un conjunto de costumbres, sino [...] España es mucho más que una raza y mucho más que una lengua [...] es una unidad de destino en el [...] Por eso, cuando una región pide autonomía, [...] lo que debemos preguntarnos es hasta qué punto la conciencia de unidad de destino está arraigada en su mente; si la conciencia de unidad de destino está bien arraigada en el alma colectiva de una región, no es peligroso darle la libertad de organizar su vida interna de una manera u otra».

Recordemos también de paso el supuesto machismo o antifeminismo de José Antonio por haber expresado una vez el deseo de una «España alegre con falda corta». Quizás valga la pena recordar aquí el nombre de una de las figuras más destacadas del feminismo español, la abogada Mercedes Formica. Es a ella a quien debemos la profunda reforma del Código Civil español en favor de los derechos de las mujeres en 1958. Una de las primeras falangistas en la década de 1930, se declaró durante toda su vida fiel discípula de José Antonio (quien la nombró delegada nacional del sindicato SEU y miembro de la Junta Política), lo que la convierte hoy en víctima de un feroz omertá. En sus memorias, Formica barre el mito propagandístico de un José Antonio antifeminista, demostrando su falsedad e impostura.

En cuanto al llamado imperialismo del fundador de la FE, los argumentos de quienes lo apoyan son extremadamente frágiles. Ninguna reclamación de tierras aparece en las *Obras Completas*. Según José Antonio, en el siglo xx, el Imperio español sólo podía ser espiritual y cultural. No hace falta decir que uno buscaría en vano connotaciones antisemitas o racistas en sus comentarios. Utiliza el término «Estado total» o «totalitario» cinco veces, no sin errores y meteduras de pata, pero lo hace claramente para significar su deseo de crear un «Estado para todos», «sin divisiones», «integrando a todos los españoles», «un instrumento al servicio de la unidad nacional».

Igualmente sorprendente es la opinión de José Antonio sobre el fascismo. Lo expresó sin ambigüedades en un escrito de 1936: el fascismo «pretende resolver el desacuerdo entre el hombre y su entorno absorbiendo al individuo en la comunidad. El fascismo es fundamentalmente falso: es correcto presuponer que es un fenómeno religioso, pero quiere sustituir la religión por la idolatría» [*Cuaderno de notas de un estudiante europeo*, septiembre de 1936]. En cuanto a sus convicciones católicas, no pueden ser cuestionadas. La última y más clara manifestación de estos se encuentra en el testamento ya mencionado que redactó el 18 de noviembre de 1936, dos días antes de su ejecución.

Una variante de la tercera vía

La Falange Josefona es una variante de las ideologías de la tercera vía, que muchos doctrinarios, teóricos y políticos han defendido o defendido desde finales del siglo

XIX. Históricamente, personalidades tan diversas como De Gaulle, Nasser, Perón, Chávez, Clinton o Blair se han referido a la tercera vía. Pero sus afiliaciones, a pesar de las apariencias a veces engañosas, no son las mismas. Hay dos afiliaciones políticas diferentes, dos direcciones que nunca se encuentran. Más allá de los tiempos, los lugares, las palabras y las personas, los partidarios de la auténtica tercera vía persiguen incansablemente la superación del pensamiento antinómico. Quieren, como decía José Antonio, construir un puente entre la Tradición y la Modernidad. La síntesis-superación, la necesidad de reconciliación en forma de superación, es para ellos el objetivo principal de cualquier gran política. Ahí, después de todo, radica la raíz del odio cuasi metafísico que sus oponentes sienten por ellos. Dicho esto, dado que el pensamiento de José Antonio es uno de los miembros de la vasta familia de ideologías de la tercera vía, es aún más legítimo hacer la pregunta: «¿Qué nos legó realmente José Antonio?». Para responder a esto, retomaré las palabras del filósofo vasco Miguel de Unamuno que concluye mi primer libro sobre José Antonio, prologado en España por el economista Juan Velarde Fuertes: «Él se legó a sí mismo, y un hombre vivo y eterno vale todas las teorías y filosofías».